

El fin del principio es un punto y aparte, un viaje de ida y vuelta, «como si de los viajes se pudiera volver», para el que no hay billete de regreso. Un poemario que constituye un cable a tierra, un discurso de vida, de amor y de posicionamiento ante la sociedad de uno de los más grandes compositores y letristas de la historia musical de nuestro país.

*A mi madre y a sus padres, Julián y María,
labradores de familia de herreros.
A mi padre y a sus padres, Basiliso y María,
labradores.*

«Indagar, ¿qué es lo estético?, es indagar.
¿Qué otra cosa es lo estético?, ¿qué otra única
cosa es lo estético?».

JORGE LUIS BORGES.

«De mi pequeño reino afortunado
me quedó esta costumbre de calor
y una imposible propensión al mito».

GIL DE BIEDMA.

Y el mundo, bosque en llamas

PRÓLOGO

EL GRANO SIN LA PAJA

Detrás de las canciones de Manolo García una podía imaginar un bosque de palabras donde perderse y hallarse, como en un templo. Un templo descarriado, donde él daría mandobles a diestro y siniestro para expulsar a los mercaderes y convocar allí una asamblea de niños y niñas perdidos. Él, cantor de los caminos, de las calles, de una estirpe tan vieja que parece imposible que todavía queden. Manolo García es de esos. De los viejos juglares que acarrear sacos de palabras como un molinero de las grandes urbes, de los viajes trasatlánticos. Es fácil imaginarlo después de sus conciertos, paseando por Chile, por Argentina, o por Barcelona, su ciudad, recogiendo el grano que hay detrás de la paja, acariciándolo con sus manos, vertiéndolo en sus piedras de moler y triturándolo, y con ese grano salvaje hacer harina de la buena. Para comer y dar de comer.

El fin del principio está dentro de una colección llamada Verso & cuento. Y este nombre es acertado porque Manolo García a través de sus versos siempre nos cuenta algo, sus palabras bailan al ritmo de los caminos y se dejan penetrar por los cuentos que los caminos le cuentan. Este libro de poemas funciona a la perfección como el mapa de sus días, de su imaginación inquieta, que no se basta a sí misma con las canciones, que necesita expandirse como la luz y que busca en el lector la mirada de la sorpresa, la misma que le sorprendió a él haciendo versos un día, la misma mirada que nos aferra al pasar y al pensar, algo que se perpetúe en el taller de las sombras donde se forja el mundo.

Antes y después de existir todos estos poemas tienen esta cualidad: se acercan a nosotros hospitalarios, como viejos amigos, y saben de complicidad. En eso se parecen a sus canciones. Sentimos que nos pertenecen y que estamos

en sus manos, en las mejores manos. Nos acercan a él como al orfebre que en su obrador empasta oro y plata, vertido en su oficio. Y nosotros, los lectores, lo observamos asombrados viendo como a través del cristal él coloca la piedra preciosa que habíamos perdido. Hay en ellos reflexión y juego, libertad y aliento. Hay en sus poemas ese gusto por las palabras, manejándolas a su manera, maleándolas y aquilatándolas a la manera "Manolo García", su marca. ¿Y en qué consiste esa marca? Algo tiene que ver con un quehacer donde se dan tantas dosis de asombro como de sobriedad, como un niño que juega y sabe que el juego tiene unas reglas, y que a través del juego se acerca uno a la vida. Y al gusto por la vida, que es lo extraordinario.

Lo que más se agradece de esta imaginación siempre fértil de Manolo García es su capacidad para tirar del carro de las palabras, que son pesadas, y él las sabe volver ligeras, como al mundo. A veces me parece que él es un cantor de los antiguos, un poeta de los viejos, que no se detienen en llorar porque hay demasiadas joyas que arreglar en el barrio y demasiadas palabras a las que devolverles las alas. Como un artesano él no deja ningún elemento sin pulir, la música, el brillo, el equilibrio de las historias. Y todo lo atrapa y de todo saca punta. Fogonazos de luz y de intensidad que se arraciman entre las piezas desmembradas. Él entra en ese mecanismo estropeado que es la vida y lo compone, con el cariño de un orfebre que siempre buscará la parte sana, la faceta que salva la pieza, el engarce necesario. Y con la magia inesperada de sus palabras lo vuelve todo armónico y querible. Leer los poemas de Manolo García es aprender a caminar de frente, con los ojos bien abiertos, son su lección particular de vitalismo que también es una estética, un motor que mueve el mundo y nos invita a formar parte de esa cofradía que aún confía en la poesía como un arma cargada de futuro, un arma que no se cansa de cantar ni de escribir, y nos invita a su manera, a la manera

hospitalaria y andariega de Manolo García, a compartirlo. Entrar con él, de la mano de sus poemas, en el mundo donde aún se pueden nombrar las cosas, con una mirada benevolente tan extraña en nuestros tiempos como necesaria, nos da por un momento el respiro necesario, la confianza anhelada de los ratos en los que somos lúcidos, y nos devuelve con su energía las ganas de vivir. No es poca cosa para un poeta que lleva una vida entera subido a un escenario, y que aún se enfrenta al folio en blanco como si acabara de nacer. Bienvenidos a Manolo García. Bienvenidos a su más privado concierto.

LUISA CASTRO

BRAGAMELÓN

Me he pasado la tarde leyendo a Faulkner: «Sam se marchó. No vivía en el campamento; se había construido una pequeña choza parecida a la de Joe Baker, solo que más fuerte, más sólida, al lado del riachuelo que estaba a un cuarto de milla, y un granero de madera donde almace-naba un poco de maíz para el lechón que criaba cada año».

Desfondado en su desfasado mundo.

Hundido yo en mi cutre sofá, incómodo como un demo-nio. Barruntando absurdamente si es cierta esa fama que atesoró de cascarrabias asocial.

Décadas después de que desapareciera, creo conocer algunos misterios suyos.

Esta mañana lo he visto deambular entre los puestos de un mercado con sus tenderetes y mercadería expuesta al vacío del urbanita que ignora el arte. Caminando yo, paralelo a su sombra, he escuchado al vuelo dos palabras que alguien ha exhalado como un dardo entre el fantasmal gri-terío circundante: «Bragamelón». Me ha sonado todo junto.

He buscado con la vista al voceador causante de tan exótico vocablo. Departía animoso, agitado cual molino de cuatro aspas, bajo un toldo naranja que acogía también cientos de pequeñas macetas con plantas aromáticas de plástico.

Ahora estoy pasando la tarde regresando de ese viaje como si de los viajes se pudiera volver. Tumbado a la roma-na, pensando en Faulkner, lo imagino en el hospital tras la caída de su caballo, perdido en una nostalgia dulce.

MUJER SOLA. HOMBRE SOLO

Mujer sola: No quiero saber nada más de ningún hombre.
Hombre solo: Esta noche las nubes se beben el firmamento.
Mujer sola: Sí.
Hombre solo: Mira la luna muda, rielando sobre las olas, como diez mil peces heridos.
Mujer sola: Está llena de cráteres. De ocarinas danzantes que contienen planetas extintos.

UNA VEZ ESTUVE EN VALPARAÍSO

Una vez estuve en Valparaíso
y no sé por qué arrobo del pensamiento
me sentí byroniano con Mary Shelley
en el Lago di Como. Aquel océano gris,
mientras comíamos extraños moluscos
sacados de rocas con místicos contornos.
Tan lejos de mi mar sereno,
tuve un recuerdo para tu piel.
Rizos nacarados
en oleadas de viruta blanca
mojaron, acero susurrante, mis pies.
Pedí ostras, que una camarera mapuche
me trajo sobre arena
sembrada de piedras de plata.
En sus cabellos,
fuiste tú. Tan lejos.

KOMOREBI

Tus miradas son komorebi.
Te lo digo en japonés
ya que no sé decirlo en otro idioma.
Hilos de sol descendiendo
a través de las hojas de los árboles.
Delgadísimas líneas de mercurio trazadoras de luz,

difuminadas cortinas descendiendo desde el cielo.
Lluvia de luz sobrenatural
que se pierde, tornasolada entre la hojarasca.

SI TODO ES NOCHE QUE SE CIERRA

Si todo es noche que se cierra
apoya tu cabeza en mi hombro.
Si todo es noche que se cierra
derrámate en mis manos
y dame el alma.
Apoya tu cabeza en mi hombro
cuando te envuelva la niebla.

EL AMOR NO ES CIEGO

El amor no es ciego, sabe dónde toca.
Si te encuentra solo
lanzará todas sus bestias a tu paso.
Si eres espuma de ola
a punto de alcanzar la arena
te hará retroceder y volver a los embates
desde mar adentro.



LA GLORIA DE LOS DÍAS QUE SE NOS HAN CONCEDIDO

Cuando los días se queman
en la esperpéntica feria,
quiero mirar planetas inventados
con mi telescopio de juguete.

No me cegaré si busco recompensas
en mi errante devenir.
Buscaré mi ser
en amores que bregan por existir.
Hoy te he visto
entre la muchedumbre,
te he seguido
a cualquier parte del mundo.
Por ti, arañando ornamentos,
me he vaciado de filigranas inútiles.
En ti, buscando panzudas nubes,
he sido el cielo bajo,
tu paladar deseado.
Te he pintado un mundo épico,
suburbio de esporas
donde se erigen patíbulos y nacen pétalos.
He barrido espigones inútiles
acunado en tus embates hirvientes,
he arañado cristales descendiendo
y abierto ventanas selladas
a mi descarnada memoria,
he sabido alcanzarte
y ser, juntos, seres soñando en vidas paralelas,
en realidades adecuadas para la materia.
Una mujer y un hombre
candorosos en su prístino ciclón,
en su ser vital acribillado.
Hemos sido solo caminantes
sabiendo de la magra recompensa.
Hemos sido eso: andarines fascinados
por la gloria de esos días, miles, pocos siempre,
que se nos han concedido.
Hemos sido nosotros
en nuestro estar, precipitado y cambiante.

UN MANTRA

«Un mantra puede ser

una elección de amor»,
me repito sentado
a la puerta de una alquería
largo tiempo abandonada.
Y rezo, no sé por qué,
cien veces la misma oración.
Al menos he conseguido
despegarme de la punta de mi nariz;
al menos he conseguido
silbar un pasacalles que me aleje de mí.

UN POCO DE AMOR

Pensé que un poco de amor
no me haría daño.
Lo siguiente fue
que el cangrejo ciego
hizo presa en mí con sus pinzas irrompibles.
Ahora mi espíritu está confundido
como una sotana
colgada de un clavo oxidado.
Recuerdo que pensé:
un poco de amor no puede hacerme daño.

SACIADOS DE BRASAS

Una pastilla de jabón de olor y su rostro soñoliento.
Un juguete de madera con un cordel y su mano.
Un pendiente de latón y su atenta oreja.
Una estepa vestida de fronda en su loco afán de selva.
Prométeme que aceptaremos los desiertos
del alma donde nos estamos adentrando,
que de la inerme conciencia saldremos
si no indemnes, al menos saciados de brasas.

RECUERDO DE UN ACONTECIMIENTO EXTREMO

Un montón de dedos y sus correspondientes uñas pintadas de diferentes colores.

Una caricia en tus orejas, recostada como estás en ese pecho.

En un inesperado salto de tus neuronas amigas, de repente recuerdas que una vez, hace años, alguien te sacó de un pozo en el que estabas a punto de ahogarte,

jalándote del pelo.

No recuerdas su rostro pero te salvó la vida.

Vida y delirio, era el tiempo del mensaje de la botella de Police.

Era un día de invierno en una mina abandonada en la provincia de León.

Una mano tibia recorriendo tu piel. Y ahora ya no eres tan joven.

Vuelves a la ensoñación,
al terrado de la barraca donde naciste,
con su gallinero y su palomar, tan precarios
y donde leías tebeos tumbada en una manta.

Todo va quedando atrás. De repente, en esa foto de tu madre con diecinueve años

descubres los oxidados botes de conserva
donde plantaba sus geranios.

Hasta hace poco, ha seguido buscando botes de conserva para sus esquejes. Ella misma ahora es un esqueje.

Un tallo bueno y santo que reverdece y renueva su sabia.

Todos deberíamos ir hacia la alegría, renacer celestiales

tocados por algunas chispas benefactoras,

para al final en plenitud de sabiduría y bonanza,

evaporarnos cuando algún dios caprichoso lo creyese oportuno.

Indoloramente. Beatíficamente.

En una magna performance. Digno colofón.

Como cohetes,

a sentarnos, no a la diestra del padre,